

ALFAGUARA

Carlos Tromben

La Casa de Electra



You are in love with pain...

MARLENE DIETRICH,
Give me the Man, 1938

*La mentira es para ellos una segunda
naturaleza. No saben siquiera cuándo dicen
la verdad...*

JOHN LE CARRÉ,
El espejo de los espías

Domina nocturna

Los salones y pasillos del Ritz rebosan de altos funcionarios. Miembros del gabinete, ejecutivos de grandes bancos y de carteles industriales, miembros de algún club de caballeros. Entre copa y copa de oporto finísimo deciden los destinos de países enteros.

Lord Palmer hace caso omiso de este ambiente alegre y conspirativo. Viene a un encuentro galante.

Buenas noches, señoría, saluda el recepcionista. Madame dice que suba.

¿Le fueron entregadas las flores?

Como usted solicitó, señoría.

Lord Palmer es accionista y miembro de una decena de directorios, incluyendo la Imperial Cable & Wireless y la Junta de Abastecimiento Nacional. Los franceses lo llamarían un hombre du monde, los norteamericanos un globe trotter. Ha vivido en India, Sudáfrica y Birmania, en cargos administrativos y diplomáticos. Es soltero, tiene sesenta y seis años y lleva esa noche un anacrónico terno a rayas de estilo eduardiano, con una rosa en el ojal. Las tinturas para las canas y el bigote son un ítem difícil de procurar en un Londres en guerra, pero a él nunca le faltan. Tampoco los guantes blancos que debe usar por culpa de una enfermedad cutánea contraída durante sus viajes de juventud.

Pese a su aspecto, lord Palmer lleva la guerra en las venas. Su abuelo combatió en Waterloo y su padre murió en Crimea, en la famosa carga de Balaklava, junto a otros doscientos jinetes de la Brigada Ligera: *C'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre...*

En su poemario, publicado a costas de autor en 1935 tras siete años de arduo trabajo, lord Palmer celebró la di-

mención estética de la guerra. La guerra preindustrial, se entiende, con caballos, sables y héroes en uniformes estu-
pendos.

And he came across death's ghoulish garden.

Jumping on his steed over comrades lain in glory's arms...

Lord Palmer avanza hacia los ascensores. La alfombra roja con ribetes dorados amortigua sus pasos. Junto a él, un caballero oriental observa los números del tablero. Su rostro le es desconocido, tal vez sea un funcionario del Kuomitang, un banquero de Hong Kong o un concesionario de casinos en Macao. Suena una campanilla y las puertas del ascensor se abren. Lord Palmer le cede el paso al caballero oriental y éste le responde con una venia cortés. Lord Palmer se la devuelve y se mira a sí mismo en el espejo del ascensor; se estira la corbata, se alisa el cabello y ajusta la rosa en el ojal. Encuentros como este le hacen pensar en las extrañas casualidades de un mundo en guerra. Nuevos mercados y alianzas inéditas nacen de las ruinas, y el amor encuentra su camino en los lugares y formas más inesperados.

El caballero oriental se baja en el cuarto piso y se despide. Lord Palmer va al sexto. Su corazón ha comenzado a latir con más fuerza, atizado por la inminencia. Avanza por el pasillo y divisa la puerta entreabierta.

Las luces están apagadas, en la mesa de centro las velas irradian una luz mortecina. Parece una iglesia ortodoxa rumaniana, pero con muebles mundanos. La ventana del fondo está abierta y las cortinas se mecen con el viento primaveral.

¿Madame?, pregunta.

De la puerta entornada de la habitación brotan un rayo de luz y una voz áspera, salobre, con acento ruso.

Entrez, cher ami.

Sentada en un sofá, la Dominadora le espera envuelta en su abrigo de pieles. Embriagado por el dulzor de su per-

fume y el destello de su collar, lord Palmer baja la vista. La Dominadora tiene las piernas cruzadas; con sus largos dedos aferra los brazos del sillón. Sus uñas esmaltadas de rojo intenso son como la sangre de la casa Romanov-Sajonia-Coburgo-Gotha que corre por sus venas. ¿O es acaso la princesa Thurn und Taxis, a quien Rilke dedicó sus elegías?

Llega adelantado, aún no he terminado mi toilette.

Su voz es como un coro de Händel. Al final de la imperiosa frase lord Palmer percibe desgano, cierta languidez, como si lo que él hiciese o dejase de hacer le fuese del todo indiferente.

Míreme, dice la Dominadora.

Su rostro está a medias cubierto por una línea de sombra que deja ver sólo sus labios, rojos como sus uñas, la punta de la nariz y la curva perfecta del mentón. Aparte del collar, nada lleva entre su cuerpo y el abrigo de astracán. Bajo sus rodillas cruzadas se asoman dos botas de cuero terminadas en punta, cuyos tacos finísimos parecen uñas clavadas al piso.

Le le traído esta humilde ofrenda..., murmura lord Palmer, depositando la rosa en el piso.

El veredicto de la Dominadora suele tardar algunos segundos y es siempre inapelable.

¿Tiene alguna idea de lo que le espera al hombre después de esta guerra, mon cher ami?, dice ella después de una larga pausa.

Por toda respuesta lord Palmer recita:

A river into a sea of sorrow...

No me refiero a la humanidad, sino «al género masculino», aclara la Dominadora.

Lord Palmer elige con cuidado sus palabras.

Nuestro destino es ser reemplazados por una criatura superior a nosotros, balbucea.

Es usted encantador. ¿Qué castigo prefiere?

El que complazca a mi señora...

Después de una larga pausa, la Dominadora descruza las piernas y se pone de pie. Los ojos, que han permanecido hasta ese instante en la sombra, se iluminan como dos brasas. El cuero ceñido de sus botas cruje contra el piso, pero lo que definitivamente subyuga la voluntad de lord Palmer es el collar que resplandece sobre su cuello.

Es uno de los objetos más valiosos de su colección. Su valor monetario no viene al caso, sólo él sabe lo que pagó en francos suizos a través de un banco portugués. Tiene más de mil seiscientos años de antigüedad, y una inscripción gótico-rúnica en ofrenda al antiguo dios Wotán. Cuál no fue su sorpresa al enterarse, por el conducto habitual, de que un ex funcionario rumano lo estaba vendiendo en el mercado negro de Lisboa.

No ha respondido a mi pregunta, insiste la Dominadora. ¿Tiene alguna idea de lo que le espera al hombre después de esta guerra?

Lord Palmer se saca la chaqueta y se pone de rodillas.

Domina Nocturna. Mater dolorosa..., comienza diciendo. Te conocí por primera vez en un valle de Crimea, junto a mis compañeros de gloria. En medio de nuestra cabalgata infernal, te vimos fulminando a nuestros corceles, rematando a los heridos para llevarlos contigo al Valhalla. Hoy el mundo está a tus pies. «¡Viva la Muerte!», decían los jóvenes en Badajoz, en Mallorca y en Santander. Hoy en Stalingrado se te entregan con los ojos abiertos, dulces jóvenes encomendados a sus mamenkas. Y yo, tu humilde siervo, me entrego a tu misericordia con los brazos abiertos, con la sonrisa de un niño.

La Dominadora suelta una carcajada cruel.

Su poesía cursi me obliga a adoptar medidas radicales...

Durante algunos segundos la Dominadora observa la rosa como si fuera un animal herido que pide auxilio. Con la punta de la bota la tritura, restregando los pétalos contra el piso. Lord Palmer suelta un quejido y se arrodilla a sus pies.

Señora mía, ten clemencia.

Demasiado tarde, dice la Dominadora cortante. Ha llegado la hora del dolor..

Ella ha extraído del cajón del velador un estuche de madera con chapa dorada. Se ha sacado el abrigo y lo deja caer, se acerca lentamente moviendo sus caderas como una pantera antes de atacar.

Lord Palmer levanta la vista y observa con terror el falo que la Dominadora se ha amarrado, con cinturones de cuero negro, en torno a la pelvis. Puede apreciar bajo la luz de las velas los motivos mitológicos que lo adornan, el tigre blanco y el dragón verde entreverados en un abrazo letal.

Lord Palmer amó a la madre y ahora ama a la hija. Se inclina y besa con devoción las puntas de las botas. En la lengua, aparte del cuero, siente el dulce aroma de las rosas muertas.

1

Leonor García Berberova tardó varios meses en enterarse de que había estallado la guerra. Francia y Alemania sólo se mostraban los dientes y a nadie le importaba un carajo Polonia. En vez de batallas había «movimientos tácticos».

Leonor estudiaba en la Escuela Normal Superior para Señoritas, conocida entre sus alumnas como *l'école*. Tenía amigas y amores, le gustaba oír a Charles Trenet. La guerra era remota, tonta, la llamaban, hasta esa tarde en que todo París se dio cuenta de su error. Fue un aire espeso, una humedad rancia que brotaba del Sena. Lo sintió el mendigo y la gran dama en el boulevard Raspail. Lo sintió el policía de tránsito en la plaza de la Nación y los niños que jugaban en el parque Montsouris. En el metro se murmuraba, se corría la voz, y entre las estaciones Rambuteau y République, Leonor oyó a un hombre sin dientes decirlo con todas sus letras: el frente se fue al carajo.

Apenas traspasó la puerta del departamento, Papi bajó el volumen de la radio.

Leo, tenemos que hablar, dijo.

¿Partir a Burdeos mañana? Pero si tenía prueba de filosofía.

Ya compré los boletos, dijo Papi. El gobierno se va, las embajadas se van, todo el mundo se va a Burdeos. Es el sálvese quien pueda...

La guerra había sido primero tonta y ahora era relámpago. Francia se había ido al carajo en menos de lo que cantaba un gallo. Todo lo que habían dicho los periódicos y la radio era mentira, recién ahora decían la verdad, y no toda.

No tenemos mucho tiempo, dijo Papi. Debemos llevar lo estrictamente necesario. Anda y haz tu maleta que tene-

mos que estar en Montparnasse a las tres.

Un cuarto de millón de hombres, mil trescientos tanques y decenas de aviones. Una brecha de kilómetros. Papi dijo algo de una pinza y de un relámpago, lloraba casi. Le subió el volumen a la radio y ya no habló más.

La Bruja estaba hecha una loca. Acaparaba el teléfono, apuraba a Leonor y molestaba a Papi con la comida del gato, la ropa de la lavandería, su remedio para la ciática. Leonor hubiera envenenado al gato, pero estaba demasiado confundida. ¿Qué vestidos llevar, para cuánto tiempo? Hasta que las cosas se aclararan, pues. Tal vez una semana, un mes. Quién podía saberlo, caray.

Tuvo que rogarle a la Bruja, pedirle por favor, Inesita, que soltara el teléfono. Las centrales estaban desbordadas, las líneas se cruzaban y debió discar más de tres veces antes de dar con Camille.

¿Dónde estabas? ¿Qué te has hecho? ¿Por qué no me llamabas?, exclamó Camille al oír su voz.

Camille era su mejor amiga. La guerra las separaría quién sabe por cuánto tiempo.

No me puedes dejar aquí. ¡Llévame contigo!

Qué tonta se ponía, estarían sólo algunos días fuera, semanas a lo sumo. Todo se calmaría.

Júrame que me escribirás.

Camille se quedaba. Su padre mascullaba, sus hermanas lloraban por sus novios; Suzanne por Romain, que estaba en el norte, y Eva por Dieudonné, en algún lugar de Alsacia. Leonor no tenía novio y Camille tampoco. Eran sólo ellas dos.

Júramelo, insistió Camille.

La Bruja gritaba algo desde la cocina, Papi seguía pegado a la radio. Leonor cubrió su boca y se lo dijo. Sólo días, semanas a lo sumo. Que no fuera tonta.

* * *

Cogió tres vestidos, dos frascos de perfume, su pasaporte peruano, su cuaderno de filosofía y un libro de Paul Valéry titulado *Nociones generales de arte*. Tenía gustos refinados, chancona era. Metió también en la maleta el *Roman de la Rose*, dos cartones de Gauloises y al oso Vicente, su *Nounours*, su Teddy Bear.

Pero, ¿y las cartas?, ¿qué hacer con ellas, niña?

Eran seis. La primera de 1937, la última de hace un mes. Las releyó rápidamente antes de tomar una decisión. *Me llamo Olga y soy tu madre. Ta Mamenka*, decía en la primera con una letra temblorosa, con borrones que podían ser las lágrimas de Mamenka al escribir o las de la propia Leonor al leer. El primer encuentro fue en la place Saint Sulpice, el último en place des Vosges. Qué grande estaba, había dicho. Y qué linda. Mi guapa, repetía, y a Leonor la primera vez le costó reconocerse en esa mujer alta, llena de collares, que fumaba sin parar y lucía aún bella, pese a los años. Llevaba un conjunto de dos piezas de seda estampada color caqui, y un turbante negro de Jean Blanchot. Ni en ese ni en los sucesivos encuentros Leonor le preguntó nada. Ni por qué ni cómo. Mamenka nunca quiso decirle dónde vivía ni cómo se ganaba la vida. A veces le pedía dinero, a veces le invitaba un café, le regalaba cigarrillos. Solía estar bien vestida y los hombres la miraban.

La Bruja entró sin golpear, con una taza de infusión para dormir. Besitos, besitos. Papi también pasó a decirle buenas noches.

Todo va a salir bien, te lo prometo, dijo, poniéndole una mano en el hombro.

* * *

Aferrando sus maletas, miles de refugiados se agolpaban en los andenes de la estación Montparnasse. Los niños lloraban, la policía empujaba, los novios se despedían y los pasajeros contaban historias terribles en cinco idiomas. La

guerra había comenzado lenta y ahora era *blitz*, relámpago, fuego destructor que caía del cielo.

Papi era un funcionario medio de la embajada peruana; había comprado pasajes de segunda. El señor embajador había partido ya en un avión del gobierno, temprano, con el resto del cuerpo diplomático sudamericano. ¡Viva el Perú, carajo!

El tren partió con retraso. Los caminos estaban repletos de carros y camiones. Los aviones pasaban por encima y el tren era un panal de rumores y de rostros agolpados contra las ventanas. Unos decían que eran «los nuestros», otros que no. Ellos usan gas venenoso, y los nuestros brillan por su ausencia, reclamaba un señor de cara rosada con acento del suroeste. ¿Dónde carajo estaban los nuestros?

El tren se detuvo en Châtellerault, Poitiers, Ruffec, Angoulême y Libourne, y la Bruja quejándose del calor. Papi la trataba de complacer, había comprado una baguette con butifarra, una botella de vino, y se esmeraba en derrochar buen humor.

En Burdeos se cocina el mejor pato de Francia. Montaigne era de Burdeos, ¿o no, Leo?

La Bruja odiaba los libros, bostezaba sin pudor cuando Leonor y Papi se ponían a hablar de literatura y de grandes autores. ¿A qué hora se supone que llegamos? Luis, me sofoco, abre la ventana, por favor.

Y así se fue todo el viaje, la conchuda.

En Burdeos los esperaba Mario, el chofer de la embajada.

La cosa está fea, don Luis, dijo el zambo, preocupadísimo. Dicen que el señor *Daladié* va a hablarle a la nación ahorita.

En la recepción del hotel la radio estaba encendida y los huéspedes se agolpaban para oír. Silencio, silencio, pedía un caballero, iba a hablar Daladier. Leonor nunca había escuchado antes al caballero ese. Sabía quién era, lo que no se esperaba era su voz de anciano, su voz derrotada, alar-

gándose en las vocales para reconocer que Francia estaba total y completamente fregada.

/.../ ¡¡¡FRAAANCIA NO PUEDE MORIIIR!!! /.../
 ¡¡¡EL DÍIA DE LA RESURECCIÓN VENDRÁ!!! /.../

Tocaron la Marsellesa y los huéspedes lloraron, el personal lloró, Papi se tapó la cara con las manos. Cantaban todos a voz en cuello, aunque el 14 de julio se hubiese ido al carajo.

Se fregó todo, murmuró Papi, y Leonor lo vio pasar como un fantasma rumbo a su habitación.

* * *

En 1919, Papi quería ser poeta. Era un pituco limeño, vivía en París comiendo poco y mal y bebiendo el licor de las vanguardias. Fue dadaísta, surrealista y creacionista, sacó algunas fotografías, escribió y publicó un par de libritos. Tenía novias rusas. Veinte años más tarde era masón y diplomático, un funcionario medio de la embajada peruana, ni más ni menos fregado que el resto de los parisinos.

¿Estaría Mamenka igual de fregada? ¿Habría tomado el tren a Burdeos, se habría largado con lo puesto, durante el sálvese-quien-pueda? Algo le decía a Leonor que no. Mamenka era demasiado astuta. Mamenka era capaz de sobrevivir la ocupación mejor que nadie.

Se firmaba el cese del fuego en un tren, los alemanes entraban en París y el mundo contemplaba boquiabierto tal calamidad. En Burdeos corrían los rumores más absurdos, que el gobierno se iba a Argelia, a Marruecos, a Vichy se iba. ¿Dónde carajo estaba el gobierno? No era el mejor ambiente para proponerle cosas a Papi. Pero Leonor se arriesgó, jugó sus cartas. ¿Y si volvía sola a París cuando todo se calmara? ¿Si arrendaba un cuarto de pensión o se quedaba donde Camille? No podía perder el año. Chanco-

na era, tenía notas sobresalientes en filosofía y en literatura, profesora de letras quería ser.

Las cosas no se han calmado todavía, Leo, decía Papi, doblando el periódico, suspirando angustiado.

Una semana más tarde se anunció que el gobierno se iba definitivamente a Vichy. Papi carraspeó, dejó los cubiertos junto al plato.

Leo, he estado pensando. París ya no es seguro para ti. Mejor es que regreses al Perú.

Ahí mismo le dio el berrinche, delante de todos los comensales. Antes muerta que volver. ¿Qué clase de padre era? ¿Que no leía los diarios acaso? ¿Y los submarinos, qué? París o nada, carajo.

A París te vuelves sobre mi cadáver, dijo Papi subiendo la voz. Y no carajees en la mesa.

¿Perder el año?, ¿perder a sus amigas, sus libros, todo lo que más quería? Leonor pataleaba, sollozaba, pero Papi no se movía de sus cinco. Papi quería que se volviera al Perú y Leonor ni muerta, antes se suicidaba. Él, que había querido ser el primer creacionista peruano, entregándola a sus hermanas beatas; que se hundiera.

La Bruja sacó la voz. Su vocecita esa.

Leo tiene razón, Luis. Volver al Perú es peligroso y quedarse en París también... Pero tu padre todavía tiene ese departamento tan lindo en Londres, ¿te acuerdas? ¿En qué parte queda? Soy tan mala para los nombres.

Chelsea, dijo Papi mordiéndose los labios.

¡Un barrio estupendo, pues! De «artistas», a ti te va a encantar, Leo...

Debe estar arrendado, dijo Papi.

Se hizo un silencio. Leonor se secó las lágrimas. Comenzaba a hacerse a la idea. La guerra había sido primero tonta y después relámpago. A estas alturas sólo cabía buscar el mal menor.

* * *

Papi se encargó de todo: los visados, el cheque por doscientos cincuenta francos suizos y la dirección del abogado.

Adiós, hijita, dijo sollozando en el andén de la estación Saint Jean.

Adiós, Leo, dijo la Bruja abrazándola con fuerza, mojóndole las mejillas con sus lágrimas de cocodrilo.

Lloraban los niños, la policía empujaba, los novios se despedían, los pasajeros estiraban los brazos por las ventanas. Leonor se ubicó en su asiento y se tragó las lágrimas. Cuando el tren se puso en marcha apretó los puños. Papi y la Bruja, tomados del brazo, blandían cada uno un pañuelo y le decían adiós.

El tren atravesó los Pirineos. En San Sebastián, Leonor abordó el vapor noruego *Larsen*. Un viaje triste en el que nadie despegaba la vista del cielo, por si llegaban los aviones en picada, ni del mar infestado de submarinos. Al segundo día una costa verdosa se asomó en el horizonte. Los pasajeros se agolpaban en las pasarelas, sonó una sirena y varias lanchas rodearon al barco y lo escoltaron hasta el puerto de Cardiff.

Sus dos primeras noches en Gran Bretaña las pasó en un centro de arribo. Había un checo de cara alargada, un polaco taciturno y muchos franceses. Unos funcionarios revisaron su equipaje prenda por prenda, caja por caja. Abrieron los libros y leyeron los sobres. La llenaron de preguntas, una y luego otra, sin parar, y Leonor con su inglés flojo se confundía, se fregaba. Poco faltó para que la botaran en un barco rumbo a Lima y le dijeran adiós, *bye bye, sweetie*, directo a los brazos de la tía Eduvigis García, a rezarle a San Martín de Porres.

Por suerte consiguió hablar con el abogado; al tercer día, Mr. Stanhope la sacó del centro de arribo y se la llevó a Londres en un carro pequeño, en el que apenas sobresalía por encima del timón. Por el camino, Leonor veía la guerra

acercándose, filas de camiones, hombres cavando zanjas, soldados custodiando los cruces.

Londres se apareció en el horizonte como una línea oscura de techos y chimeneas. Era una ciudad gris y parda, salpicada de manchones rojos, buses de dos pisos, buzones y cabinas telefónicas. Los transeúntes caminaban rápido y mirando el suelo, abordaban pequeños taxis negros que parecían confesionarios móviles.

El señor Stanhope era bajito, vestía un traje a rayas, con pajarita y lentes de pinza redondos. Tenía un bigotillo horizontal, perfecto. Su oficina era un cuchitril atestado de carpetas y libros. Leonor le entregó el cheque y firmó un recibo.

Si me permite un comentario, señorita García, dijo el abogado, yo que usted intentaría regresar cuanto antes a mi país.

* * *

El nombre no le decía nada aún. Leonor tenía de Londres un recuerdo vago: casas con ladrillos rojos y gente hablando rápido, caminando rápido, rozándose los paraguas en una esquina asolada por la lluvia.

Chayne Walk, dijo el abogado. Los últimos arrendatarios fueron una pareja de norteamericanos. Se acaban de volver a su país... Supongo que es una señal de buena suerte para usted.

No recordaba la fachada ni los marcos de las ventanas, blancos todos, ni el enrejado negro o la planta trepadora. Tampoco recordaba las aguas verdes del Támesis, a pocos metros detrás de los árboles, ni las chimeneas de la central eléctrica de Battersea. Allí vivían los artistas, explicaba el señor Stanhope, los pintores, los literatos. ¿Había oído hablar de los prerrafaelitas, del pintor Dante Gabriel Rossetti, del escritor Thomas Carlyle?